

Cita con la cultura iberoamericana

cultura



Vista del Real Jardín Botánico de Madrid en otoño, en una imagen de archivo. / BERNARDO PÉREZ

Otoño floreciente en Madrid

VivAmérica organiza un ciclo de visitas por el Jardín Botánico que recorre las expediciones botánicas del siglo XVIII a América

M. ANTONIA SÁNCHEZ-VALLEJO
Madrid

Cuando el girasol, o hierba del sol —el *chimalatl* de los aztecas—, llegó a Madrid, era la flor más grande nunca vista en España. La piña, un recuerdo de la expedición a Nueva España (México), era una infrutescencia inédita, exótica, igual que la planta del tabaco, originariamente una medicina tradicional con la que los indios trataban los dolores de cabeza o que quemaban en ceremonias chamánicas.

Espigada y con unas flores violetas a modo de corona, la planta del tabaco se utilizó también con fines ornamentales, como la *fuchsia magellanica* —planta llamada popularmente “pendientes de la reina”—, originaria del Estrecho de Magallanes, o la dalia, flor emblemática de México.

Girasoles, piñas, plantas de tabaco, dalias o pendientes de la reina son algunos de los tesoros del Real Jardín Botánico de Madrid, fundado en 1781 por Carlos III. Dar a conocer su origen y la historia que los llevó hasta allí es el propósito del ciclo de visitas guiadas *Las expediciones botánicas a América*, que, en el marco del Festival VivAmérica, se celebra esta semana en el recinto madrileño, una obra donde el racionalismo del siglo XVIII y el romanticismo paisajístico del XIX se conjugan. El próximo fin de semana, esta actividad se completará con talleres

para niños titulados *Exploradores por un día*.

“Si el otoño se muestra clemente, la *dalia excelsa*, la de mayor tamaño de la familia, florecerá a finales de octubre”, explica la botánica María Cervera, guía de la visita. El parterre dedicado a esta flor es una explosión de colores que contrasta con la fronda tímidamente teñida de amarillos y ocre, apenas otoñal, de la arboleda.

Pero los tesoros latinoamericanos del Botánico no siempre están a la vista; en secreto, en el edificio que sirve de archivo al recinto diseñado por Juan de Vi-

llanueva —una magna intervención urbanística que *plantó* el jardín al lado mismo del Museo del Prado—, se conserva más de un millón de pliegos de flores y plantas, muchos de ellos procedentes de las expediciones botánicas del siglo XVIII a América: las embajadas de Celestino Mutis, auténtico prohombre del Jardín Botánico; Malaspina, Neé, Sesé y Mociño, Ruiz y Pavón...

Sus nombres están indisolublemente unidos a descubrimientos científicos cuyo propósito inicial fue, sin embargo, más prosaico: hallar nuevas posibilidades comerciales, y en

contadas ocasiones dirimir con otros imperios, como el portugués, lindes y dominios. “El propósito comercial de las expediciones científicas era averiguar qué había en el Nuevo Mundo que se pudiera comercializar”, explica Cervera. “Ése fue el caso de la canela, por ejemplo. José Celestino Mutis, que dirigió la expedición a Nueva Granada, iba buscando un sucedáneo de la canela, cuyo monopolio ostentaban holandeses o portugueses, y que tenía mucha demanda en la época”, añade Cervera.

Pero en lugar de *cinnamomum zeylanicum*, los expedicio-

Un café muy pasado por agua

La *ananas comosus*, de la familia de las bromeliáceas, que se conserva en el Jardín Botánico —en román paladino, la piña—, llegó a España de la mano de la expedición a Nueva España, a cargo de los botánicos Sesé y Mociño. “Pero la primera piña que llegó a Europa lo hizo en el tercer viaje de Colón. Y se la comió Fernando el Católico. No fue hasta el siglo XVIII cuando se aclimataron en España”, cuenta la botánica María Cervera.

Para garantizar la conservación de los plantones durante las travesías, ya en 1777 el primer catedrático ligado al

Botánico, Gómez Ortega, redactó un manual titulado *Instrucciones sobre el modo más seguro y económico de transportar plantas vivas*.

Pero ni por ésas. La aventura de introducir el café en Europa fue igualmente convulsa. O más bien pasada por agua. “El cafetal, que llegó a España en la expedición al virreinato de Perú y Chile comandada por Ruiz y Pavón, tuvo un bautizo aciago: la primera muestra enviada [a España] se hundió en 1784 al hacerlo el barco que la transportaba”, añade Cervera.

Los fondos del Real Jardín

Botánico son una mina sin fondo de anécdotas. Resulta que el descubrimiento de la planta del café fue también accidental, pues los científicos “iban buscando el árbol de la quina”.

Una especie, hoy en peligro de extinción por sobreexplotación, que en honor a la esposa del virrey de Perú, la condesa de Chinchón, fue bautizada en la época como *chinchona*. El nombre científico de la especie recuerda ese apelativo original: *cinchona calisaya*. La hache, tan muda a veces, se perdió por el camino.

narios españoles sólo pudieron encontrar *drimys winteri*, o canelo del páramo, un arbusto que vegeta en una esquina del Botánico como triste recordatorio de un empeño frustrado. “El fruto [del *drimys winteri*] es igual de aromático, pero tiene un regusto picante, así que se pronto se abandonó como sucedáneo”.

Similar fue el caso del árbol de la quina, un tesoro buscado con insistencia en la época para remediar los estragos de la malaria, pues de él se extrae la quinina. Esta vez, la búsqueda se vio rematada por el éxito, “y España

El recinto atesora más de un millón de pliegos de plantas y flores

Las embajadas de la Corona española tenían un interés comercial

La piña, el tabaco, el café, las dalias o el girasol proceden de Latinoamérica

tuvo el monopolio de la quina durante algún tiempo”. El de la quina es el árbol nacional de Ecuador y figura también en el escudo de Perú.

En el “jardín que no se ve”, o jardín secreto del Botánico —el edificio donde los investigadores se afanan entre semillas, legajos y fichas científicas—, hay “muestras, plantas y dibujos que se trajeron de América”, y en tal cantidad, que “no se sabe lo que hay exactamente”, explica Cervera. Ella misma ha fichado plantas de 1781 o 1782.

A la entrada del invernadero donde se concentra el mayor número de especies de origen latinoamericano (plantas de café, mimosas, piña, etcétera) se expone un cajón del siglo XVIII, en perfecto estado de conservación, que se utilizó para el transporte de plantas recolectadas en América Latina. Es un arcón con rejillas superiores, para facilitar la transpiración, y tapas que se cierran con hermosos herrajes. Todo el material vivo recolectado tenía que sobrevivir en un viaje a través del océano Atlántico de hasta 18 meses de duración. “Se traían semillas, pero también plantones, así que necesitaban luz, oxígeno y a ser posible poca o ninguna agua de mar”, explica la guía.

Al avistar tierra firme, las plantas se dejaban en Canarias o Cádiz para que se aclimatasen, mientras que las semillas se enviaban directamente al Botánico o a Aranjuez. Algunas de ellas, andando los siglos, emprendieron viaje de regreso. Como el girasol, cuyo uso oleícola era desconocido en América Latina y que muchos años después, previo descubrimiento de su potencial en Europa del Este, se rinde a la explotación comercial en millones de hectáreas de terreno.